

Rocío Londoño Botero*

Evidalia Acosta y Rosa Mora**



Tanto en los documentos oficiales como en los no oficiales son muy escasas las referencias al papel de las mujeres en la colonización, las luchas campesinas y la política. Y son aún más escasas las fuentes disponibles sobre el ámbito doméstico, la casa, los afectos y la convivencia en las familias campesinas¹. Contamos, sin embargo, con invaluable testimonios sobre la vida familiar de Varela, gracias a los cuales es posible una aproximación, no solo a las complejas relaciones entre su mundo privado y su actividad pública, sino también a fenómenos sociales como la división del trabajo entre los miembros del hogar; la participación de las mujeres, los niños y las niñas en las acciones colectivas de los colonos, y la lenta transformación de la cultura campesina en lo relativo a la familia, la educación de los hijos y los derechos de las mujeres.

* Socióloga, Doctora en Historia.

** Capítulo 14 de: Londoño Botero, Rocío: *Juan de la Cruz Varela Sociedad y política en la región de Sumapaz (1902-1984)* Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas. Departamento de Historia, 2011. 742 pp. (Biblioteca Abierta. Historia). Tercera reimpresión, 2014. Agradecemos a Rocío su autorización como aporte para esta edición.

¹ Sobre importantes aspectos de la vida campesina son especialmente relevantes los siguientes trabajos: Orlando Fals Borda, *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucío* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1961); Virginia Gutiérrez de Pineda, *La familia en Colombia* (Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1975), y Renán Silva, *Sociedades campesinas, transición social y cambio cultural en Colombia* (Medellín: La Carreta Editores, 2006).

Sobre el testimonio de Rosa Mora, con quien Varela contrajo matrimonio católico en 1939, conviene hacer de antemano una observación metodológica. Su relato discurre en dos planos paralelos: el de las vivencias con su esposo —contadas por ella en forma oral— y el de la *leyenda* de Juan de la Cruz Varela y las luchas agrarias —acerca de lo cual leyó un manuscrito—. Rosa utiliza la palabra *leyenda* para resaltar, de un lado, la valiente lucha de los campesinos contra los terratenientes y, de otro, las hazañas de su esposo, así como las difíciles situaciones que este enfrentó en la conducción del movimiento agrario. Pero la separación de los dos relatos no fue espontánea. Cuando le solicitamos una entrevista para este trabajo, ella pensó que únicamente nos interesaba la trayectoria pública de Varela y decidió escribir su propia versión. No obstante, durante dos largas conversaciones le hicimos una serie de preguntas sobre su propia *biografía* y su convivencia con Varela, a lo que respondió de manera espontánea y sincera.

Con respecto a los testimonios que citaremos, es pertinente hacer algunas observaciones previas. Tanto hombres como mujeres se refieren con bastante naturalidad a cuestiones de la vida íntima

de Varela, que para este trabajo tienen interés no solo biográfico, sino sociológico. En los testimonios femeninos se advierte la importancia que en las pequeñas comunidades tienen los rumores y los chismes sobre la vida privada de las personas, aún más cuando se trata de personajes públicos. Se percibe igualmente el escaso control social ejercido por los curas, así como la atmósfera liberal que en general impera en las zonas de colonización. Aunque es evidente la aceptación social del matrimonio y la monogamia, se consideran normales las uniones de facto, los hijos nacidos por fuera del matrimonio, e incluso la infidelidad masculina. Pero la mera sospecha de infidelidad femenina es severamente sancionada. Por último, tanto el testimonio de Varela como los de su esposa, su hijo Juan de Dios y su nuera Aura Herrera revelan las tensiones y contradicciones entre la vida cotidiana y la ideología, problema por lo general más visible en los personajes públicos que en la gente común.

El primer hogar

Al referirse a la primera mujer con quien vivió, Varela contó primero una anécdota que muestra el sentido utilitario que los campesinos suelen darle al amor y a la vida conyugal. Según dice, cuando trabajaba en la vereda de Balconcitos, su patrón Julio Vargas le hizo una visita y al darse cuenta de que tenía a su cargo como seis obreros y le tocaba cocinar y lavar su ropa, le dijo: «hombre, Juan de la Cruz, por qué no te consigues una mujer, por qué te acabas así», a lo que él respondió: «es que no hay mujeres». Un compañero, llamado Teodófulo Espinoza, dijo: «¡Majadero! ¡Lo que hay es mujeres a diez por centavo!». Esta anécdota podría interpretarse como muestra de la cultura *machista* de los campesinos. Pero, como señala Virginia Gutiérrez de Pineda, en las comunidades rurales colombianas las relaciones sexuales entre hombres y mujeres comienzan, en no pocos casos, por «un

intercambio de servicios que da la oportunidad a los dos sexos *de entrar en consciencia*», es decir, *de tener amores*². Tampoco resulta extraño que, al mencionar los oficios domésticos que como hombre soltero estaba obligado a hacer por sí mismo, Varela evocara de inmediato a la mujer con quien conformó su primer hogar:

Ella se llamaba Evidalia Acosta. Se había casado muchacha, pero al marido se lo mató un palo [...]. Nos conocimos en la levantada del censo de 1928 y dizque yo le gusté y a mí también ella me gustó. Después vivimos juntos un tiempo largo. No me casé con ella porque me fue infiel, de muy buen genio, muy hacendosa, pero muy infiel.³

Para cuando Varela comenzó su unión con Evidalia tenía veintisiete años y ella era una joven y atractiva viuda con dos hijos a cuestas: «Arturo, el mayor, y Ascensión, a quien llamaban *On*, que era retardado»⁴. Por algún tiempo vivieron en la vereda La Esperanza, en el rancho de Evidalia, puesto que Juan de la Cruz aún no tenía tierra ni casa propia. De esta unión nació un primer hijo, el 28 de diciembre de 1932, a quien bautizaron con el nombre de Teodosio. Ese año, Varela había obtenido una parcela gracias al Decreto 1110 y a la lucha de los colonos. Se trasladaron entonces a la vereda de Balconcitos y, mientras él repartía su tiempo entre las faenas agrícolas y las actividades de la colonia, ella criaba a sus tres hijos, hacía los oficios domésticos y colaboraba con su compañero en poner a producir la tierra. Entre 1934 y 1940, Evidalia dio a luz a cuatro hijos más: Julio César, uno que murió recién nacido, Jorge y Vicente. Al parecer, su unión con Juan de la Cruz continuó hasta finales de 1939, cuando él decidió casarse con una mujer muy joven a quien había conocido en una asamblea de colonos de la vereda El Palmar.

2 Gutiérrez de Pineda, 58-62.

3 «Relato autobiográfico de Juan de la Cruz Varela».

4 Entrevista de la autora con Aura Herrera de Varela (Bogotá, febrero de 2001), esposa de Teodosio Varela Acosta (hijo primogénito de Juan de la Cruz Varela).

Según Aura Herrera, esposa de Teodosio, su suegra siempre sostuvo que los cinco hijos que parió en esos años fueron el fruto de su relación con Juan de la Cruz. Pero Varela solo reconocía la paternidad de Teodosio, Julio César y el que murió recién nacido. «Don Juanito decía que cuando se enamoró de doña Evidalia era una mujer muy hermosa, pero, ¡ah vergaja! No le gustaba quedarse con uno solo»⁵. A pesar de que él siempre negó la paternidad de Jorge y Vicente, en su relato de 1984 menciona al segundo como hijo suyo: «Con Evidalia hubo cuatro hijos: Teodosio, el mayor, que era muy simpático [...]; Julio César, que trabaja en Palacio, donde yo lo coloqué [...]; uno que murió, y Vicente, que también ha salido un poco vagabundón»⁶. Ya presentía que sus días estaban contados y tal vez quiso reparar su injusticia. Pero en su tardía confesión también debió incidir una visita de Vicente poco antes de la muerte de Evidalia⁷, de la cual Aura Herrera recordaba lo que este le contó: «Imagínese que hace como un mes me levanté al mismo tiempo que mi mamá, ella comenzaba a prender el fogón y le dije: “mamacita, le voy a hacer una pregunta y espero que me la conteste: quiero que me diga quién es mi papá”. Ella se sorprendió mucho y me dijo: “pues el anciano”, entonces yo le dije: “pues si el anciano es mi papá, yo voy a donde él a preguntarle”». Según dice Aura, así lo hizo:

Un día se fue a Paquiló, donde vivía don Juan, y cuando llegó Vicente le dijo: «yo vengo a hacerle una pregunta, pues hablé con mi mamá y vengo a confirmar lo que ella me dijo: le pregunté quién era mi papá y ella me dijo que era usted». El anciano —así le decía doña Evidalia a Juan de la Cruz— soltó la risa, le puso una mano en el hombro y le dijo: «Sí mijo, yo soy su papá», y dízque le mandó a hacer desayuno. Juan Vicente se quedó allá como

dos días, hablaron mucho de la familia e incluso le dio mil pesos para el regreso. Hasta entonces mi suegro no reconocía públicamente que Vicente era hijo suyo. Por eso él lleva el apellido Acosta.⁸

A la nuera de Evidalia no la tomó por sorpresa semejante confidencia, pues ya había tenido la oportunidad de escuchar la versión de su suegra:

Cuando Teodosio se enfermó y nació nuestro hijo Teíto, doña Evidalia vino a visitarnos. Un día estaba yo planchando los pañales del niño y le dije: «doña Evidalia, dígame una cosa, ¿quién es el papá de Vicente y de Jorge?». Aunque ella era una mujer muy reservada, me dijo estas palabras: «Pues el anciano, ya ve». «¿Pero cómo así, si él ya estaba casado con doña Rosita?», le dije yo, a lo cual ella me respondió: «Pues uno de pendejo, porque como el anciano subía por allá a las comisiones de su trabajo, entonces él entraba a la casa con el pretexto de saludar a Teodosio y se quedaba. Ahí me hizo a los otros chinos: Jorge y Vicente».⁹

Despejar las dudas sobre la paternidad de Vicente y Jorge Acosta no es nuestro propósito. Pero ¿cómo pasar por alto cuestiones que revelan rasgos de la mentalidad campesina y de la credibilidad que se suele dar a chismes y rumores? Veamos, por ejemplo, un comentario que Aura Herrera dice haberle escuchado a la esposa de Varela: «Doña Rosita dice que Jorge no es hijo de Juan de la Cruz, sino más bien de su hermano Ismael Varela. También dicen que físicamente se parece mucho a Ismael, aunque la gente y el mismo Juan de la Cruz a veces dejaban entrever que Jorge sí era hijo suyo»¹⁰.

Si Evidalia le fue infiel a Varela con su hermano o con otro hombre, jamás lo sabremos. Cabe imaginar, sin embargo, por qué Varela dudaba de la fidelidad de su compañera. Ella era una mujer bonita y simpática que permanecía sola cuando él se ausentaba para atender sus responsabilidades

5 Entrevista de la autora con Aura Herrera de Varela (Bogotá, febrero de 2001).

6 «Relato autobiográfico de Juan de la Cruz Varela».

7 Sobre la muerte de Evidalia, ocurrida el 24 de octubre de 1981, tanto Juan de la Cruz como su nuera dicen que la mataron en su casa, en la vereda La Esperanza, para robarle dinero que tenía de la venta de café.

8 Entrevista de la autora con Aura Herrera de Varela.

9 Entrevista de la autora con Aura Herrera de Varela.

10 Entrevista de la autora con Aura Herrera de Varela.

como secretario de la Sociedad Agrícola de Sumapaz, sección del oriente del Tolima, cargo que ocupaba desde comienzos de 1934. Por otra parte, en octubre de 1935 fue elegido concejal de Icononzo, de manera que le quedaba muy poco tiempo para velar por su hogar. No sorprende, entonces, que hubiera negado la paternidad de Jorge, nacido en esos años. Respecto a la paternidad de Vicente, cabe pensar que no la aceptó porque nació cuando Varela ya había contraído matrimonio católico con Rosa Mora. Pero si Evidalia no era una santa mujer, Varela tampoco era un santo varón. Según cuenta Rosa Mora, sus amores con él comenzaron en 1934, pero tuvieron que ocultarlos durante cinco años por temor a que sus padres rechazaran su noviazgo con un hombre mucho mayor que ella, con mujer e hijos. Incluso poco antes de contraer matrimonio, ella se enteró casualmente de que su futuro esposo tenía amores con una tercera mujer:

Quando yo conocí a Juan de la Cruz, él vivía con doña Evidalia y la tenía en la parcelita que él cogió cuando la colonia, pero había otra mujer que se llamaba Margarita y en ella tenía una niña que no supe cómo se llamaba. Resulta que esa muchacha se enteró que él se iba a casar con otra mujer, y entonces hizo un viaje desde Balconcitos hasta El Palmar, donde yo vivía, pues ella se figuraba que yo no sabía nada de lo que estaba sucediendo donde él vivía. Seguramente pensó: «Yendo yo y contándole a ella, le barajo el matrimonio». Entonces, cuando llegó me dijo: «Él tiene una mujer allá y esa mujer es viuda y en ella tiene actualmente dos hijos, pero uno se le murió; además él tiene otra mujer y en esa mujer tiene una hija. Ella dice que el día que él se case, sea con la que sea, la hace sufrir porque la hace sufrir» [...]. Entonces cuando él regresó yo le tenía la noticia y ya ve cómo son las cosas: esa mujer no me hizo sufrir a pesar de todo. Él, al saber todo eso, averiguó quién me había contado y se dio cuenta que era Margarita y entonces él mismo la amedrentó, le dijo que se iba a casar y que si algún día ella iba a perturbar su hogar le daba una muenda o no respondía por lo que le llegara a pasar. Entonces ella se asustó con eso y no pasó nada más. Juancho no reconoció a la niña porque ella, al ver que se casó conmigo, se la regaló a unos

compadres; se consoló con eso y ellos se la llevaron para el Caquetá. Quién sabe si todavía vive, pues nunca se supo más de ella.¹¹

La intrincada vida sentimental de Varela hace muy difícil precisar cuántos hijos tuvo en realidad. Sin embargo, el testimonio de su esposa sugiere interrogantes sobre su noviazgo. Llama la atención, por ejemplo, que no desistiera de casarse con Juan de la Cruz, a pesar de que sabía muy bien que podía correr los mismos riesgos que Evidalia y Margarita. Quizá en su decisión influyó el hecho de que entonces Varela ya era un destacado dirigente de la Sociedad Agrícola de la Colonia de Sumapaz y un campesino excepcional por su educación y su cultura, lo que lo hacía atractivo para las campesinas jóvenes. Todo hace pensar que, por su condición de dirigente agrario y sus dotes de seductor, podía darse el lujo de conquistar a las muchachas sin asumir del todo las consecuencias. Así lo indica este perspicaz comentario de su nuera: «Como él era un hombre poco común y sobresalía como líder, entonces las mujeres se enamoraban de él y él iba dejando por ahí sus amorcitos y varios hijos por fuera del matrimonio»¹². Por su parte, Rosa dice que como ella era tan joven «no sabía qué cosa era el amor», y que se sintió obligada a decirle que sí cuando él le dijo que le recibiera una carta: «entonces yo con la zozobra de que mis padres me vieran conversando con él y se disgustaran, él me rogó que le recibiera la carta y yo no hallaba qué contestarle; de sorpresa le dije que ahí vería él cómo me la entregaba, porque mi papá y mi mamá eran muy delicados. Pero yo hasta entonces no pensaba que eso iba a prosperar ni nada, pero en la misma carta me iniciaba cómo seguirnos escribiendo»¹³.

Al referirse al sostenimiento económico de Evidalia y sus hijos después de la separación, Varela

11 Entrevista de la autora con Rosa Mora (Bogotá, 11 de julio de 1986).

12 Entrevista de la autora con Aura Herrera de Varela.

13 Entrevista de la autora con Rosa Mora.

afirma que le dejó «el poco capitalito que tenía», cosa que, por lo demás, sostuvo en público. En esa época todavía no era un colono próspero, y no parece del todo cierto que hubiese cumplido todas sus obligaciones con su primera compañera y sus hijos. A juzgar por lo que dijo su nuera, «él se quedó con la parcela de Balconcitos y a ella y sus hijos les dejó una casita con un lotecito en la vereda de la Georgina». Ella recuerda igualmente lo que le había contado su esposo sobre la pobreza en que vivían y la poca atención que Varela prestó inicialmente a la educación de su primogénito:

Según me contaba Teodosio, ellos vivían en una pobreza tremenda y se mantenían con lo que sembraban y con el jornalito. Inclusive don Pachito Martínez, un vecino de la Georgina que siempre fue del Partido [Comunista], dizque los socorría mucho. Teíto y Vicente contaban que ellos iban donde don Pacho con un costal y él les daba plátano y guatilla, pues a veces no tenían qué comer. Y como don Juanito ya estaba casado, pues a él le quedaba muy difícil enviar dinero para el otro lado; él decía que ya había cumplido con dejarles la casita y el lotecito. A mí me contaban que un señor llamado Sixto Cubillos, que era inspector de educación y recorría las veredas, se dio cuenta de que a Teodosio no lo habían puesto a la escuela, aunque tenía doce años, y que entonces les envió una notificación para que lo mandaran a la escuela. Casi obligados, lo enviaron a la escuela de la Georgina, a más de una hora de camino, sin zapatos y con una mochila, una pizarra y un gis [...]. Fue en ese entonces cuando Teodosio se fue a vivir con don Juan y doña Rosita, y ella le dio mucho apoyo porque lo quería mucho.¹⁴

Aparte de las penurias económicas, lo dicho por Aura Herrera pone en evidencia una curiosa paradoja de Varela: pese a que sabía muy bien cuán valiosa es la educación para los campesinos, al menos inicialmente no se preocupó porque su primogénito aprendiera a leer y escribir. Seguramente en esos años estaba tan abrumado por sus

responsabilidades políticas y por las obligaciones de su nuevo hogar que no tenía tiempo ni suficientes recursos para prestarle la debida atención a su primera familia.

El segundo hogar

En 1934, la joven Rosa Mora, nacida en 1920 en la vereda Bateas del municipio de Arbeláez, hija de Jesús Mora y María Mercedes Carrillo, campesinos pobres que habían migrado a Icononzo hacia 1925, le escuchó a sus padres que la colonia había nombrado un nuevo presidente y que «muy pronto iría a visitar la vereda donde ellos vivían, para reorganizarla». Ella recuerda que el nuevo presidente había avisado con anticipación que «las mujeres debían estar presentes, ya fueran jóvenes o de edad, y debían llevar a los hijos, pues la mujer tenía que jugar su papel en la lucha por la tierra, así no tuviera hijos». Gracias a esta instrucción, los padres de Rosa la llevaron a la asamblea en donde conoció a Juan de la Cruz Varela, con quien se casaría cinco años después:

Él traía un memorial para llevar al Ministerio de Trabajo, firmado por todas las mujeres de la colonia. Ese día fue nuestro primer encuentro. Al llegar a la reunión, mis padres se dirigieron a saludarlo dándole la mano; yo, siguiendo el ejemplo de mis padres, le di la mano: él la tomó entre sus manos y me miró, me apretó mi mano por tres veces y tuve que zafarme se puede decir a la fuerza [...]. Al terminar la reunión y al despedirnos hizo lo mismo, y mirándome sonriente dijo: «¡Que esté bien, compañerita!». Nos fuimos, y en camino, yo volvía a mirar y ahí estaba él mirando hacia dónde íbamos. Eso me causó malicia, pero yo todavía no distinguía el amor, pues apenas tenía catorce años de edad. Me imaginaba sí que sería casado por su mayor edad, aunque él me miraba bastante. Así pasó un tiempo y él insistió en visitar seguido la región y en invitar a las mujeres a las reuniones [...]. La segunda vez que fui ya había empezado la reunión y al vernos entrar muy atento se dirigió a nosotros e hizo parar a los compañeros de una banca y nos la cedió a nosotros para que nos sentáramos. Esas atenciones pusieron maliciosos a mis

14 Entrevista de la autora con Aura Herrera de Varela.

padres, y entonces en ningún momento me dejaban sola. Así pasaron unos meses y él con el deseo de declararse, pero no tenía oportunidad. Un día, yendo de regreso a mi casa, él iba a posar donde un amigo que vivía cerca de nosotros, y aprovechó un momento de soledad y me dijo que si le recibía una carta. Yo por temor, pues mis padres eran tan delicados, le dije que él sabía lo que hacía y cómo me la entregaría, que yo lo que quería era que se fuera antes de que lo vieran conversando conmigo. Como a los tres meses, al fin tuvo la oportunidad de entregármela: en ella me decía un lugar donde dejarnos la correspondencia; pero siempre temeroso de que nos descubrieran, resolvió hablar con un viejito¹⁵, compadre de mis padres, para que le sirviera de cartero. Este señor, que tanto lo quería y lo estimaba, aceptó servirle de cartero por más de tres años; pero al ver la gente la confianza que había entre el viejito y yo, empezaron los rumores y entonces él se vio obligado a hablar con mis padres para aclarar la situación.

Rosa interrumpió su relato y leyó un párrafo en donde narra las circunstancias que rodearon su matrimonio:

Durante ese tiempo, Juan había luchado en defensa de los colonos y por el movimiento agrario; en compañía con Erasmo Valencia consiguieron algunos abogados como voceros, pero no eran sinceros. De pronto encontraron al doctor Octavio Laserna Villegas, y fue él quien con Erasmo Valencia y Juan de la Cruz Varela lucharon hasta terminar el pleito entre latifundios y colonos. En 1939 llegó a la colonia una delegación comandada por el procurador de la nación, el doctor Jorge Lemus Girón, y un doctor Pinto. Estos señores se instalaron en la casa de mi mamá, casi por seis meses, para aprobarles la parcelación legal a los colonos. Entonces fue cuando en 1939 se realizó nuestro matrimonio, siendo padrinos William Daw y su esposa, y el doctor Lemus Girón y su hija Matilde. En adelante Juan de la Cruz siguió su lucha, ya no por la tierra sino por la política; y no por ambiciones de él, sino por las gentes proletarias que lo llevaron a hacer

15 Este «viejito» era Faustino Herreño, de quien Varela dice que era santandereano y ex combatiente de la Guerra de los Mil Días. Fue uno de los pioneros de la colonización de Cabrera y sobresalió en el movimiento agrario por su coraje y tenacidad.

parte de esos cuerpos colegiados candidatizándolo concejal y diputado de las Asambleas del Tolima y Cundinamarca.¹⁶

Por su parte, Varela se limitó a decir que su esposa «era una mujer inteligente y muy buena persona, aunque de muy mal genio». La boda se celebró el 20 de diciembre en la iglesia de Icononzo¹⁷. Dice Rosa que cuando se casaron «Juan de la Cruz ya había arreglado su problema con la mamá de Teodosio». Pero enseguida menciona una extraña explicación sobre por qué Varela no se había casado con Evidalia: «Él vivió con ella, pero como era viuda ya tenía hijos del primer matrimonio, entonces él dijo que no le servía porque los hijos de ella eran de otra política, y que más tarde podían enterrarle el cuchillo». Quizá Varela le hizo este comentario varios años después de su boda, a raíz de algún reclamo de su esposa, pues en 1939 los hijos de Evidalia todavía eran muy jóvenes y quizá no tenían razones para estar en contra de los colonos. No obstante, la alusión a la política de los hijos de Evidalia resalta un asunto importante: en los años cincuenta, cuando irrumpió la Violencia política, afloró la desconfianza y el sectarismo en familias campesinas, cuyos miembros se alindaron en bandos opuestos, y es posible que los hijos del primer marido de Evidalia se hubieran puesto del lado de los «enemigos» de Varela. En todo caso, la vida conyugal de la nueva pareja comenzó en un modesto rancho que Juan de la Cruz había construido en su parcela Dalmacia. Rosa fue recibida por su cuñada Vicenta, quien vivía con su esposo y sus hijos en un rancho contiguo al de su hermano. Aún no había transcurrido un

16 Entrevista de la autora con Rosa Mora. Jorge Lemus Girón había sido nombrado por el gobierno de Eduardo Santos como procurador especial para que resolviera el pleito entre los colonos y la Compañía Cafetera de Cunday. Sobre William Daw sabemos que hacía parte de la dirección liberal de Icononzo, y de Octavio Laserna Villegas se sabe que era un abogado conservador a quien los colonos habían nombrado para que los representara en el pleito con la Compañía Cafetera. A este respecto, véase Varela y Romero, 144.

17 Estos datos aparecen registrados en la partida de bautismo de Varela (véase el capítulo 1 de este libro, p. 31, n. 1).

año de casados cuando ella dio a luz, en septiembre de 1940, a su primer hijo a quien bautizaron con el nombre de Juan de Dios. De la primera morada de su infancia, Juan de Dios conserva este recuerdo: «Era una casita de teja de madera que debía tener unas dos habitaciones; era de bahareque con paredes de tierra apisonada [...]. Vivíamos cerca de un caserío de unas diez casas que ahora es inspección de Policía». Dos años después, en este rancho nació su hermana Laura María¹⁸.

La casa de Balconcitos

Varios años después de la boda, Juan de la Cruz construyó una casa bastante cómoda en el corregimiento de Balconcitos, entonces la zona rural más poblada del municipio de Icononzo¹⁹. Con notable orgullo, Rosa describe la nueva morada de su familia:

Juancho construyó una gran casa en Balconcitos, no en bahareque sino en cemento y armadura de madera. La casa tenía tres piezas grandes y la alcoba de nosotros. La cocina era tabladita con su ventana para botar el agua. ¡Muy bonita era la casa! Como nosotros cosechábamos mucho maíz [...], teníamos una pieza llenita de maíz bueno, todo sanito, y en otra pieza el redrojo. En la otra pieza estaba la cama de los dos niños que había hasta entonces: Laura y Juancho. La casa era en escuadra y tenía un corredor anchísimo tablado en madera y una sala; allá iban a visitar a Juan de Icononzo: iban el alcalde, el juez, el personero, toda esa gente. Y de Ibagué, cuando él ya fue diputado, fueron el doctor Lucena Bonilla, Efraín Bedoya, y el doctor Laserna Villegas, que fue el que nos sacó el pleito de la colonia.

18 Entrevista con Juan de Dios Varela (Bogotá, 24 de julio de 1991).

19 En 1938, Icononzo tenía cerca de 9.000 habitantes, de los cuales el 84% vivía en las zonas rurales. Véase Contraloría General de la República, Departamento del Tolima, *Anuario estadístico correspondiente a 1939*, 35. Para una descripción de Icononzo, véase Gonzalo París Lozano, *Geografía económica de Colombia*, t. VII: Tolima (Bogotá: Editorial Santafé, 1946), 376.

No cabe duda de que la casa de Balconcitos también era uno de los mayores orgullos de Varela. Además de ser una de las más grandes y mejor construidas de la zona, tenía un cuarto destinado exclusivamente a los libros que hasta entonces él había conseguido. Mientras Rosa recordaba especialmente las habitaciones privadas, la cocina y los cuartos para almacenar el maíz y el frijol, su hijo Juan de Dios (profesor de Física) recuerda que Juan de la Cruz guardaba en un armario sus libros predilectos: «las biblias, las mitologías y los libros de poemas», y que, como le gustaba mucho leer poesía, «siempre estuvieron a la mano *El Parnaso colombiano*, los poemas de Julio Flórez, de Santos Chocano, de Guillermo Valencia, y novelas francesas como *Los miserables* y varios libros de Alejandro Dumas». Recuerda, además, que en la biblioteca había «una colección del periódico gaitanista *Jornada* y otra del periódico *Claridad*». Dice que su papá les permitía mirar los libros, aunque no les sugería que leyeran alguno en particular. No obstante, Teodosio, quien para entonces ya vivía con ellos, «se levantaba muy temprano a leer libros» y a veces comentaba sus lecturas con Juan de la Cruz. Como Teodosio era buen lector, cuando terminó el bachillerato su papá le regaló las obras completas de Shakespeare²⁰. Sobre los hábitos de lectura de Varela, Rosa recuerda que «compraba códigos, libros botánicos y libros de leyes, y todo libro que le gustaba, y por eso el doctor Augusto Ramírez Moreno quedó admirado de esa biblioteca, cuando nos visitó antes de la Violencia». Cuando le preguntamos si su esposo le sugería algunas lecturas, respondió: «¡No! Él no me invitó nunca a leer ni a que militara en ningún movimiento [...]. Después de que él se separó de mí, yo empecé a militar en la Unión de Mujeres Demócratas y vine a Bogotá como delegada al primer encuentro femenino que fue en Bavaria»²¹.

20 Entrevista de la autora con Juan de Dios Varela.

21 Esta organización la creó el Partido Comunista en 1959. Entrevista de la autora con Rosa Mora.

En la casa de Balconcitos vivieron hasta 1950. Allá nacieron dos hijos más: Julia Stella, en 1948, y un niño que murió recién nacido. Juan de Dios dice que, como su papá «ocupaba una posición destacada dentro del liberalismo», no permanecía mucho tiempo en la casa. Las ausencias fueron aún más prolongadas cuando fue elegido diputado a la Asamblea del Tolima, pues tenía que permanecer en Ibagué mientras sesionaba dicha corporación. Pero cuando regresaba a casa había no poco regocijo entre sus hijos, pues llegaba cargado de regalos: «A mi mamá le traía cortes de tela para hacer vestidos y llegaba con cajas de licores que le regalaban en las rentas del Tolima». Y sobre las rutinas de Juan de la Cruz en sus cortas estadías en Balconcitos, su hijo dice: «Leía antes del desayuno o después del almuerzo; después se iba a mejorar cercas, a ver el ganado, el frijol y el maíz, y a hacer rocerías, porque como las tierras estaban recién fundadas, se enrastraban fácilmente». Y confirma lo dicho por su mamá: mientras Juan de la Cruz estaba ausente, era ella quien manejaba la finca; inclusive recuerda que cuando había trabajadores a él le tocaba llevarles el almuerzo, y que como le gustaba mucho la carne, abría los envoltorios en hoja de plátano y a cada trozo de carne le cortaba un pedacito con una cuchilla de afeitar²².

Sobre el trato de Varela con sus hijos, Rosa dice que «era muy bueno, muy querendón y nunca le tocó un pelo de la cabeza». Juan de Dios conserva recuerdos que ponen de relieve sus prejuicios en contra de la educación de las mujeres y su pragmatismo en lo que respecta a la educación de los varones:

Él fue muy cariñoso con todos nosotros, pero creo que fue selectivo. Por ejemplo, él siempre estuvo muy pendiente de que Teodosio recibiera educación. Dentro de su concepción —que desde luego fue evolucionando en el transcurso de su vida—,

yo pienso que él se sentía reencarnado en Teodosio, quien además era una persona de unas cualidades admirables de modestia, inteligencia, dedicación y profundidad de pensamiento. Pero cuando llegó el momento de educar a los otros hijos hubo cierta resistencia: para que yo pudiera ir a estudiar a Ibagué, tuve que rogarle y también mi mamá. Pero mayor fue su resistencia para que mis hermanas recibieran educación; él tenía un poco la percepción machista de que las mujeres no la necesitaban, aunque en los últimos años de su vida ya había corregido esa idea. Por supuesto que él no tenía problema en que fuéramos a la escuela y aprendiéramos a leer y escribir. El problema era si queríamos estudiar una profesión que no fuera la de médico o abogado, pues él consideraba que esas eran las mejores profesiones, porque miraba este asunto desde el punto de vista pragmático, es decir, desde las posibilidades económicas que brindaban. Cuando él se enteró de que yo quería estudiar Física se mostraba muy escéptico y me decía: «¿Y eso para qué sirve aquí? Eso tal vez va a fracasar». Pero con el tiempo fue comprendiendo y en los últimos años le gustaba incluso conversar conmigo de física y leía problemas cosmológicos de estrellas, y a los amigos les comentaba que yo tenía profundos conocimientos del Universo.²³

En efecto, Teodosio era el hijo predilecto de Varela. Culminó el bachillerato en el prestigioso colegio San Simón de Ibagué, gracias a la solidaridad de Rafael Salazar Santos y otros liberales de izquierda que prestaron apoyo a la resistencia campesina durante la Violencia. Posteriormente, por petición de sus amigos liberales, el rector de la Universidad Externado de Colombia, Ricardo Hinestrosa, le otorgó una beca para cursar estudios de Derecho. Finalizó exitosamente su carrera, y como era un destacado militante de la Juventud Comunista, obtuvo luego una beca para cursar un posgrado de Economía en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú. Gracias a su formación académica, a sus cualidades humanas y a sus méritos políticos, el primogénito de Varela llegaría a ser un respetado miembro del Comité Central del Partido Comunista. Se

22 Entrevista de la autora con Juan de Dios Varela.

23 Entrevista de la autora con Juan de Dios Varela.

comprende, entonces, por qué Varela decía que Teodosio «era el mayor orgullo de su vida».

La economía familiar

Gracias al trabajo de Varela y su esposa, y a la fertilidad de las tierras de Icononzo, con el tiempo la familia logró cierta prosperidad:

A veces yo ordeñaba diez o doce vacas —dice Rosa—. A esa leche yo le echaba cuajo y los saques los echaba en una cazuela de barro: eso sacaba una mantequilla muy buena. En esa tierra, nunca se comía carne: allá se comía mucho fríjol y se hacían envueltos de maíz, arepas rellenitas de cuajada, porque yo poco era lo que vendía para comer bien y porque a los chinos todo eso les gustaba mucho. A Teodosio yo lo crié desde chiquito y él se moría por el maíz. A los trabajadores les hacía mute pelado; se pelaba el maíz y se cocinaba en una olla grande con hojas de acelga y fríjoles, y se guisaba con cebolla y harta mantequilla. A veces los trabajadores se comían hasta cuatro platas al desayuno [...]. Al almuerzo se les hacía un cocido de calabaza, de esas blancas que se dan por allá y se dejan *jechar* bien y luego se echan en astillas grandes a cocinar, junto con la yuquita, el platanito, balúes y guatilla; encima echaban el guiso de fríjol.²⁴

Y como en esa época «todo se trabajaba en porambería, a veces había hasta veinte trabajadores» a los que Rosa tenía que llevar el almuerzo. Cumplida esta tarea se encargaba de dar agua al «ganado de sogá» y de cambiarlo de potrero. Además criaba ovejas y marranos. Ateniéndonos a lo dicho por ella, no era poca su contribución a la economía familiar: «Cuando yo me casé, Juan no tenía sino la parcelita de unas cuatro cuadras que había cogido en la colonia. La finca donde cosechábamos el maíz fue habida por el trabajo mío; cuando nos separamos [en 1953] teníamos ya tres fincas en Balconcitos: San Jorge, Dalmacia y El Mirador; y otra finca grande al lado de El Palmar, llamada Alsacia, que eso era montaña y

potreros». Rosa dice que esas tierras las compraron como «mejoras», es decir que aún no estaban tituladas, y que después de la Violencia lograron firmar las respectivas escrituras de propiedad. Explica, por petición nuestra, en qué consistía la *porambería*: «Juan hacía compañías a la tercera parte: él ponía la tierra y daba las semillas, y los que iban a rozar ponían el trabajo, o mejor dicho: sembrar, desyerbar y coger la cosecha»; y da como ejemplo la cosecha de maíz: «de cada arroba, la tercera parte le correspondía a él, y el resto a los poramberos». En Dalmacia tenían ganado, ovejas y cerdos; en San Jorge cultivaban café y habas, y a veces sembraban arracacha y papa criolla, a la cual llamaban *cornetica*; en El Mirador cultivaban maíz y fríjol, y en Alsacia, café. En alguna de estas fincas había un rancho donde vivía Ismael Varela (hermano de Juan de Cruz) «con la muchacha con la que se había juntado que se llamaba Filomena»²⁵.

Conflictos familiares

Rosa sostiene que su esposo «se echó a dañar desde cuando llegó a la Asamblea del Tolima, porque empezó a ir con los doctores a bailes y parrandas, y veía el comportamiento de esos doctores con las mujeres». Sin duda, a Rosa no solo le disgustaban los frecuentes viajes de su marido, sino que se sentía incómoda cuando él regresaba a la casa:

Yo atendía la cocina, yo repartía el maíz y lo llevaba hasta la casa [...], y por supuesto él tranquilo se iba por allá y duraba meses. Y cuando llevaba dos o tres días en la casa, eso era la gente a montón: el uno que «compañero, hágame un memorial»; el otro que «necesitamos que vaya a dirigir la reunión»; y así había veces que yo hacía la ollada del desayuno para mis trabajadores y me tocaba distribuirla con esa gente, que llegaba muchas veces sin comer nada para pillarlo en la casa, porque él era un hombre que no tenía escapatoria, no podía estar tranquilo

24 Entrevista de la autora con Rosa Mora.

25 Entrevista de la autora con Rosa Mora.

en la casa [...]. Él era muy bueno en el trato y todo eso; yo digo que él se echó a dañar con la metida a lo alto, ahí empezó. Después ya vino la Violencia y acabó con nuestro hogar porque él tenía una bonita casa y al ver que le quemaron todo, se desilusionó y se desmoralizó. Entonces después por allá donde estaba también dizque hizo una bonita casa y luego supe que tenía otra mujer»²⁶.

Con todo, Rosa admite que a veces sentía tanta furia que «perdía la razón»; por eso su esposo le tenía «miedo y cierta desconfianza al mismo tiempo». Varela atribuye exclusivamente al temperamento de Rosa la ruptura de su hogar:

No pudimos vivir por ese genio: yo hablaba alguna cosa y eso se armaba ¡qué cosa! Ya vino la primera guerra, por allá estuvo ella, se pasó con la evacuación que había de Villarrica, fue al Duda y salimos y vivimos otra vez. Y ya vino la segunda guerra y yo vine a llevarla, a ver qué hacía porque la segunda guerra me cogió sin un centavo. Había comprado una finquita y la pagué, y esa misma noche declararon la zona de guerra y tuve que valerme de cincuenta pesos para darle a ver si se refugiaba al lado de Pasca, y vine a ver si se iba y eso me formó la gran pelea. Entonces me fui y ya fue cuando me junté con Juanita.²⁷

Acerca de la relación de sus padres, dice Juan de Dios:

Yo veía que había cierto conflicto, del cual no era ajeno, pero no me parecía anormal, y a veces trataba de intervenir. Pero como siempre admiré lo que hacía mi papá —lo admiré porque mucha gente lo buscaba y lo consultaba—, fui prudente y, como diría hoy, traté de no herir susceptibilidades, de no profundizar los problemas y de colaborar en el manejo de los bienes que eran pocos. Entonces, cuando yo estudiaba en Ibagué y venía de vacaciones, ayudaba en los asuntos de la finca, inclusive hacía el mercado. Yo nunca recibí una enseñanza directa de mi papá de cómo hacer una cerca, del mantenimiento de una finca, de cómo hacer un contrato; sin embargo, yo veía cómo hacía todo eso y así aprendí a ser independiente. Cuando llegué a ser

profesional, había cierta frialdad entre los dos; yo lo estimaba, pero quería resolver mis problemas económicos con mi propio trabajo y nunca le pregunté qué bienes tenía él. De eso vine a enterarme cuanto tuve que hacerme cargo del juicio de sucesión.²⁸

Contribución de las mujeres a la economía familiar

Como es sabido, la colonización campesina de tierras baldías está basada en el trabajo familiar y la mutua cooperación entre los colonos. No obstante, con pocas excepciones, la adjudicación legal de esas tierras ha estado en cabeza de los hombres. Según el índice de adjudicación de baldíos correspondiente al periodo 1827-1931, de un total de setenta y dos concesiones de tierras otorgadas por el Estado en la región de Sumapaz, solo hubo dos a mujeres: una a Margarita Saavedra, quien en 1872 obtuvo 1.000 hectáreas en Fusagasugá, y otra a Leonilde Escamilla, a quien en 1910 se asignaron 139 hectáreas en Pandi²⁹. Se desconoce cuál fue el destino de estas tierras, pero posiblemente fueron anexas a propiedades de sus respectivas familias. Entre 1934 y 1937, periodo crítico de las luchas campesinas, hubo un notable incremento de la adjudicación de baldíos a los colonos de Sumapaz. Sin embargo, el número de mujeres beneficiadas fue muy inferior al de los hombres: de un total de 153 adjudicatarios, 12 eran mujeres que vivían en Pandi y Cunday, cada una de las cuales recibió en promedio 12,5 hectáreas. Los datos del censo de 1938 confirman las desventajas de las trabajadoras de Sumapaz en cuanto a la posición ocupacional y a la propiedad de la tierra, situación que desde luego no era exclusiva de esta región. De 46.974 personas ocupadas en actividades agrícolas y ganaderas, el 46% eran mujeres; sin embargo, escasamente el 1,8% aparecen clasificadas en la categoría «dueños y directores de empresas agrícolas», en tanto que

26 Entrevista de la autora con Rosa Mora.

27 «Relato autobiográfico de Juan de la Cruz Varela».

28 Entrevista de la autora con Juan de Dios Varela.

29 Chau, «Índice de adjudicación de baldíos 1827-1931», en *Memoria del Ministerio de Industrias*, t. V.

la gran mayoría de esas mujeres fueron clasificadas en la categoría «oficios domésticos» (véase Anexo de mi libro). Sin embargo, los testimonios de Rosa Mora y Aura Herrera sobre sus respectivas familias permiten matizar lo que dicen las estadísticas y relativizar la tesis según la cual en las familias campesinas colombianas está fuertemente arraigado el patriarcado. Aunque estos testimonios no son representativos en términos estadísticos, y además provienen de mujeres con un mayor nivel de conciencia individual y social que el del promedio de las campesinas de la región, aportan interesantes pistas sobre las formas de división del trabajo en la familia; la contribución del trabajo femenino e infantil a la economía familiar; la cooperación de las mujeres, las niñas y los niños en la ocupación de baldíos, y la atención que las mujeres le conceden a la educación de los hijos.

Comencemos por el testimonio de Rosa Mora sobre la trayectoria de sus padres. En 1920, Jesús Mora y María Mercedes Carrillo vivían en el corregimiento de Ticinse (municipio de Arbeláez), en donde trabajaban como arrendatarios de Nicomedes Gómez. Allí nacieron Rosa, su hermana mayor y un hermano. Cinco años después, la familia migró a Icononzo porque en «Ticinse había una pobreza terrible». Al establecerse en Icononzo, la madre de Rosa consiguió trabajo en la hacienda Escocia como escogedora de café, y logró que el administrador le diera «un ranchito» para vivir con su familia. A su padre lo contrató Elías Bernal para trabajar en los trapiches de sus fincas, pues era «un gran templador de panela». Después trabajaron por algún tiempo en la hacienda Palermo de Bernal: Jesús era el mayor-domo y María Mercedes cocinaba para los trabajadores; en época de cosecha, toda la familia trabajaba recogiendo café. Con los ahorros compraron una fanegada de tierra en donde construyeron una «casita» y sembraron café. Y «cuando resultó el asunto de la colonia —dice Rosa—,

entonces ya todo el mundo cogió su pedazo de tierra: mi mamá cogió su parcela y mi papá también». De la colonia de Icononzo recuerda que, mientras los hombres se ayudaban mutuamente en la ocupación de baldíos, la construcción de los ranchos y la derriba del monte, las mujeres y los hijos «miraban a qué horas llegaban los enemigos» y cocinaban «los animalitos que por la noche ellos cazaban». Dice que ella participó en esas jornadas desde los ocho años de edad, y que «no todo era rigor y sufrimiento», pues hacían buenos sancochos con carne, plátano y guatilla, y se divertían «todos ahí reunidos». Cuenta que aprendió a leer y escribir, a pesar de la oposición de su padre, porque su madre la puso en la escuela, pues ella no quería que sus hijas se quedaran analfabetas como ella. Y con inocultable orgullo agrega que «como no era tonta, me escogieron para leer unas recitaciones en el entierro de los colonos asesinados en La Georgina»³⁰.

Por su parte, Dominga Varela recuerda cómo era la división del trabajo en el hogar de sus padres Dionisio y Manuela:

Vivíamos en Cabrera, en la vereda de Santa Rita. Cultivábamos arracacha, papa, maíz; no se daba la yuca porque allá es muy frío. Manteníamos una vaquita para la leche y un caballo de carga [...]. Mi mamá hilaba lana, pero no sabía tejer, era una señora vecina la que lo hacía. Porque antes de que se repartiera la finca, que era muy grande, tuvimos ovejas, como cien. Esa lana se cortaba, se lavaba y se hilaba, con eso se hacían las cobijas y las ruanas que se vendían. Mi papá sacaba también fique con el que hacía los lazos que bajaba al pueblo a vender. Además de hilar, mi mamá se encargaba de los oficios de la casa y criaba a los hijos. Ella no trabajaba la tierra, no se metía en las sementeras. Eso lo hicimos mi hermano, mis hermanas y yo desde que empezamos a crecer. Recuerdo que cuando mi papá salía a ganarse la vida, como éramos tres los hijos grandes, a dos de nosotros nos ponía a desyerbar las sementeras y a la otra hija a

30 Entrevista de la autora con Rosa Mora.

cocinar, a ayudarlo a mi mamá en la casa. Lo que mi papá nos dejaba de tarea a nosotros dos era limpiar ocho maticas de maíz, les arrancábamos las malas hierbas que les nacían, les quitábamos la maleza. Pero como nos sobraba tiempo para hacer jugueticos, argollitas, cositas bonitas, y él se daba cuenta, entonces cada vez nos aumentaba la cantidad de maticas y así nunca acabábamos. De ahí comíamos mazorca y se preparaban envueltos o arepas, porque ni el maíz ni las otras hortalizas se vendían, vivíamos solo de la lana y del fique. Mi papá jornaleaba, pero muy poco.³¹

A diferencia de Rosa, Aura Herrera, nacida en 1940 en Icononzo, resalta el trabajo de su padre y sus hermanos varones. Su papá se llamaba Benjamín Herrera, era oriundo de Boyacá, «liberal de pura cepa», y completamente analfabeto. Primero emigró a Pandi y allá se casó con Ercilia Hernández, nacida en Tibacuy, que sabía leer y escribir, pero «era una mujer muy sumisa». En 1936 se trasladaron a Icononzo, donde Benjamín había comprado una finca pequeña. Con la ayuda de los hijos mayores cultivó café, plátano, yuca, maíz y arracacha, y por las noches pescaba en el río Sumapaz.

Cuando no había trabajo en la finca —dice Aura, mis hermanos salían a trabajar a otras partes y vendían la presa de carne que les daban en el almuerzo, para ahorrar y comprar el día sábado pan y chocolate para llevar a la casa. Éramos pobres, pero nunca pasamos necesidades, pues mi papá era de esos hombres que le gustaba comer bien y se preocupaba por nuestra ropa y nuestro estudio. A todos nos puso en la escuela, en medio de muchas dificultades económicas.

Sobre su mamá, menciona el parto de trece hijos y la crianza de los siete que sobrevivieron, y hace énfasis en su permanente preocupación por mantener contentos al esposo y a los hijos³².

31 Entrevista de la autora con Dominga Varela (Bogotá, 12 de septiembre de 2007). No sobra decir que Dionisio Varela y Manuela Buitrago tuvieron nueve hijos: ocho mujeres, de las cuales dos murieron recién nacidas, y un varón.

32 Entrevista de la autora con Aura Herrera de Varela.

Las mujeres y las luchas agrarias

Cuando le preguntamos a Varela cómo había sido la participación de las mujeres en el movimiento agrario, respondió con un «discurso» en el que destacó la solidaridad femenina, mencionó a unas pocas mujeres que sobresalieron en la lucha y expuso sus propias opiniones sobre las limitaciones de las campesinas y las dificultades para organizarlas:

En la lucha, las mujeres han sido muy solidarias, muy solidarias. Yo, por ejemplo, cuando mataron a Evidalia por robarla, que llegaron a la casa y habiendo obreros cerquita la degollaron y le robaron 42.000 pesos que tenía, entonces hice un debate en el Concejo de Icononzo pidiendo que se investigara el crimen hasta sus últimas consecuencias. Conté que yo había vivido con ella y que como revolucionaria me había acompañado resignándose a todos los sufrimientos, y dije que así como la esposa de Antonio Nariño —que había leído en una revista que había encontrado por ahí— había sufrido mucho y fue una gran patriota, sin que la historia le reconozca sus virtudes y sufrimientos, así Evidalia, que me había acompañado en los peores sufrimientos de mi vida en la lucha agraria, yo tenía que hacerle un homenaje por eso [...].

En Sumapaz hubo mujeres que se destacaron como Clementina Martínez, de Icononzo, y mi suegra, María Carrillo. Clementina era una señora campesina, pero que ayudaba mucho a atender las comisiones, las campañas, a hablar y todo eso [...]. Sí hubo muchas mujeres interesadas y hablaban, pero por la falta de cultura no podían hacer más. No hemos encontrado una mujer capaz de animarse a estudiar para representar a las mujeres en las comisiones. Una anciana, Dominga, muy valerosa, ella sí se animaba a todo, muy amiga de la revolución, ella perdió dos hijos en las luchas, muy valiente; hasta una fotografía tengo en una comisión que vino ante el ministro de Gobierno, que era Pedro Gómez Valderrama, y la retrataron cuando estaba hablando.

El compañero Valencia luchaba mucho porque la mujer tuviera derecho a votar: él era un admirador de la mujer, y sus luchas se encaminaban a la liberación de la mujer, pero por ironía el que le da ese

derecho aquí en Colombia es Rojas Pinilla: cuando acabó con las elecciones, le dio el derecho a la mujer para que participara [...]. Yo he procurado siempre enaltecer y dignificar a la mujer. Pero las mujeres en el campo se entregan generalmente a los trabajos hogareños y no les queda más tiempo, porque tienen que ver por los hijos, lavar la ropa, cocinar para los obreros de los que tienen finquita, y así sucesivamente. Yo considero que la mujer campesina tiene una gran dignidad por su espíritu revolucionario que comparte, en lo general, con el esposo, con el hermano, con el familiar, con el amigo. No hemos encontrado en los frentes en que me ha tocado jamás una rebelión. Las compañeras siempre votan por las listas nuestras; eso está perfectamente demostrado en Icononzo, en Sumapaz, en Cabrera.

Pero lo que no hemos encontrado son mujeres hábiles, capacitadas para que ellas también tomen la bandera. Los campesinos no tenemos mujeres para participar en las comisiones y que ellas tomen la palabra, porque son llenas de complejos y no estudian. No estudian porque no tienen tiempo y porque no quieren. Por ejemplo, ya es una pelea para que la juventud estudie. Siempre les pongo como ejemplo que yo, en dos años de escuela rural alternada, aprendí a leer constantemente y a superarme; y les pongo de ejemplo que siendo yo de familia semiproletaria y habiendo afrontado toda mi vida dificultades de pobreza, me ha quedado tiempo para estudiar. Me recuerdo de una frase de Bernard Shaw, el humanista inglés, que a la edad de noventa y pico años, cuando ya estaba para morir y le preguntaban: «¿Cuál es su mayor pasión?», respondía: «¡Estudiar!». Es que para la persona nunca es tarde para estudiar y eso es lo que no practican ni la juventud ni la mujer campesina. No leen, no estudian, participan en la organización, pero no hay una mujer que lleve la palabra. Además, la mujer no toma la iniciativa de estudiar porque dice que no le queda tiempo. Por ejemplo, a mi hija Dora yo le digo: «Estudie, lea, ahí está mi biblioteca», y ella dice: «No me queda tiempo», y no lee. En cambio Cornelia, la otra hija, procura a ratos estudiar. Es que eso es por instinto.³³

No le faltaba razón a Varela al subrayar la falta de tiempo de las campesinas para organizarse y participar en acciones colectivas. Pero olvida mencionar que, de no ser por su dedicación al hogar y su cooperación en las faenas agrícolas, difícilmente sus esposos habrían podido destinar tanto tiempo a la lucha por la tierra y demás actividades de beneficio colectivo. Tampoco se equivoca en lo que respecta al escaso interés de las campesinas por la lectura, pero olvida sus propios prejuicios contra la educación de las mujeres, así los hubiera superado. Por otra parte, en las opiniones de Varela se advierte, por un lado, el estereotipo masculino sobre el trabajo femenino y las limitaciones intelectuales de las mujeres, y, por otro, sus ideas progresistas sobre su organización, su autonomía y sus derechos políticos. Al mismo tiempo, resalta el temor de los campesinos a que sus mujeres se vinculen a actividades por fuera del hogar, en donde pueden salirse de su control e incluso ser conquistadas por otros hombres.

Con respecto a la afirmación de Varela según la cual Erasmo Valencia luchó por el derecho de las mujeres al voto y se preocupó por «la liberación de la mujer», es preciso decir que en el periódico *Claridad* no encontramos editoriales ni artículos sobre los derechos de la mujer, ni sobre su participación en las luchas agrarias. Si nos atenemos a los testimonios de campesinas que lo conocieron personalmente, Valencia ante todo les insistía en la conveniencia de mantener la higiene en sus hogares y de usar cubiertos y loza para tomar los alimentos, lo que sin duda era una importante labor pedagógica, aunque limitada a los asuntos del hogar. Cabe recordar, por lo demás, la solidaridad de las mujeres en la resistencia de los colonos contra los actos de desalojo, en episodios como la muerte de Isabel Rey en la hacienda El Pilar, y en las asambleas en que los dirigentes agrarios les impartían instrucciones sobre cómo reclamar tierras baldías y cómo apoyar las demás reivindicaciones de la colonia.

33 «Relato autobiográfico de Juan de la Cruz Varela».